

A young girl with dark hair, wearing a pink t-shirt with 'HAPPY GIRL' and a unicorn graphic, is reaching up with both hands towards a green ball suspended in the air. She is looking up with an open mouth, as if in anticipation or joy. The background shows a courtyard with buildings, power lines, and a clear blue sky with some clouds. Other children are visible in the background, one on the left and one on the right.

ESCUELAS QUE SANAN

Esfuerzos educativos con los menores y jóvenes refugiados en el Líbano

Esta publicación es un trabajo conjunto del Servicio Jesuita a Migrantes España y la Fundación Entreculturas en el que han participado: Josep Buades Fuster, SJ (Coordinador de la publicación, Servicio Jesuita a Migrantes), Ángel Benítez-Donoso Tarascón SJ (Servicio Jesuita al Refugiado) y Raquel Abad de las Heras, Alma Martín Pérez y Valeria Méndez de Vigo Montojo (Entreculturas).

- **FOTOGRAFÍA:**

Jackelyn Pavilion (JRS)

- **AGRADECIMIENTOS:**

Carmen Torrens (Entreculturas)

- **DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO GRÁFICO:**

Alba Martín

- **IMPRESIÓN:**

Iarriccio Artes Gráficas

- **FECHA DE EDICIÓN:**

Junio 2017

ÍNDICE

1. Introducción	5
2. Asomarse al Líbano	6
3. Población refugiada en el Líbano	7
3.1. Población palestina	9
3.2. Población refugiada con otros orígenes	10
4. Problemática de los menores refugiados y respuesta educativa pública	13
4.1. Retos del sistema educativo para acoger a personas refugiadas	14
4.2. Esfuerzos del Estado para escolarizar a población refugiada	18
5. Problemática de la infancia y adolescencia refugiada: las tres heridas	20
5.1. Las tres heridas: la guerra, la huida y el rechazo	20
5.2. Las manifestaciones	22
5.3. La educación como fuente de sanación	24
6. La apuesta por la educación del JRS y Entreculturas	26
6.1. Panorama de organizaciones en el Líbano	26
6.2. El JRS Líbano y el JRS Oriente Próximo	27
6.3. JRS-Líbano	28
6.4. Tender redes	32
6.5. Educación en situación de emergencia	33
7. Compromiso con la población siria refugiada en el Líbano y el apoyo a la educación vistos desde la cooperación internacional	36
8. Conclusiones	38

I. INTRODUCCIÓN

En 2016, la ONGD jesuita [Entreculturas](#) y la agencia informativa [Europa Press](#) se propusieron dar a conocer la labor educativa del [Servicio Jesuita a Refugiados](#) (en adelante, JRS, siglas correspondientes al nombre en inglés *Jesuit Refugee Service*) con los menores sirios y palestinos refugiados en el Líbano como consecuencia de la guerra civil en Siria. Dicha iniciativa conjunta se tradujo en la entrevista de José María Villanueva al jesuita español Ángel Benítez-Donoso: [Niños rotos por la guerra](#)¹. La entrevista ayuda a asomarse al drama de los refugiados sirios en un lugar menos visitado por la prensa. Por otra parte, enfoca la mirada en la educación: un derecho humano y una herramienta fundamental de protección física, psicológica y cognitiva para la infancia.

Merece la pena desplazar la mirada desde nuestros propios retos en la [hospitalidad](#) con las personas refugiadas, hacia la cuestión sobre la educación de los menores refugiados en el Líbano, contextualizando las cuestiones en juego: la situación del Líbano como país, la realidad de la población procedente de Siria refugiada en el mismo, los retos educativos a los que se enfrentan el Gobierno y la sociedad civil libaneses, y el servicio que presta el JRS. Todo ello da ocasión para analizar el papel de la ayuda humanitaria y la cooperación al desarrollo en contextos de educación en situación de crisis y conflictos.

Cuando tenemos en marcha la campaña [#Yo soy tierra de acogida. #Yo tiendo puentes](#), dos de las entidades promotoras, el [Servicio Jesuita a Migrantes España](#) (SJM-España) y [Entreculturas](#), unimos esfuerzos para ofrecer esta mirada que amplía horizontes, que sitúa nuestros retos en su justa medida.

Miguel González Martín
Coordinador del SJM-España

Daniel Villanueva Lorenzana SJ
Director General de Entreculturas

1. Disponible en: <http://www.europapress.es/especiales/ninos-rotos-por-la-guerra/>

5. PROBLEMÁTICA DE LA INFANCIA Y ADOLESCENCIA REFUGIADA: LAS TRES HERIDAS

A la hora de trazar un panorama general de la situación se corre el riesgo de perder algo del misterio de la unicidad de cada vida, más aún cuando hablamos de la guerra y sus consecuencias. Ninguna tabla de datos será capaz de recoger por completo los matices de cada historia personal; ninguna estadística es capaz de agotar la realidad de las víctimas de la guerra. A sabiendas de estas limitaciones, intentaremos hablar de las tres grandes heridas

que sufren los menores sirios desde que se origina el conflicto bélico hasta que llegan a un país intermedio de acogida, como es el caso del Líbano. Seguidamente, expondremos algunas de las manifestaciones exteriores que dichas heridas producen en la infancia refugiada. Por último, presentaremos el modelo educativo del JRS como herramienta de sanación de dichas heridas.

5.1. Las tres heridas: la guerra, la huida y el rechazo.

Las guerras nunca empiezan de golpe: uno no se acuesta en un país en paz para despertar al día siguiente en medio de una guerra. Todo conflicto bélico se gesta de manera gradual. Por eso, la pregunta que se plantean las familias no es si salir o no de su hogar, sino cuándo hacerlo. Huir demasiado pronto conlleva el riesgo de perder todos los bienes en saqueos y destrozos. Salir demasiado tarde puede conllevar, no solo la pérdida de algún ser querido, sino también el bloqueo ante fronteras cerradas, en un país con los medios asistenciales saturados. En ese entretiem po, se abre en los menores la primera herida: **la herida de la guerra**.

En las zonas en conflicto, los habitantes se esfuerzan por conservar la mayor normalidad posible; de lo contrario, la vida sería insoportable. Las escuelas se mantienen abiertas, los mercados se afanan por vender los bienes aún disponibles y los hombres siguen reuniéndose en los cafés para comentar la situación. Una aparente normalidad que se derrumba en cuanto vuelven los obuses. Los niños pasan ese tiempo en la incomprensión: saben que algo está pasando, pero nadie les explica nada. Saben que hay determinadas calles que no deben tomar y que, al ruido de los aviones, le sigue el estruendo de las explosiones; pero no entienden de bandos ni de revoluciones. *“Ellos estaban bombardeando Alepo, tuvimos que correr muy rápido al Líbano para que los vecinos no nos viesen y no nos mataran. Una vez, hicieron explotar una casa... No sé qué ejército era, pero era un ejército el que hizo explotar una casa...”*, dice Ahmad Hajiko, de 8 años. En la mayoría de los casos, a este miedo hay que sumarle alguna experiencia traumática concreta: raro es encontrarse una familia que haya permanecido en Alepo más allá de 2014 y no cuente con un familiar cercano entre las víctimas.

Al mismo tiempo que intentan salir adelante en medio de la guerra, las familias se plantean una pregunta vital: ¿es mejor la incertidumbre que nos espera fuera a lo que vivimos en casa? Dependiendo de la respuesta, las familias pospondrán más o menos la salida de su hogar. Entonces, no es de extrañar que los primeros en marcharse sean los más ricos y los más pobres. Los ricos, porque tienen un colchón suficiente para vivir fuera de su hogar mientras dure la guerra; y los pobres, porque lo único que les queda por proteger es su propia vida. En medio queda la inmensa mayoría de clase trabajadora que intenta conservar sus pertenencias: una casa, un negocio, unas tierras... Saben que salir implica perderlo todo, pero, si tardan demasiado, puede que sea demasiado tarde. Un día, sin avisar a nadie, reúnen a sus hijos y les avisan que tienen que hacer la maleta, que esa misma noche se van. Mohammad Ibech, de 9 años, cuenta: *“Cuando mis padres me dijeron que teníamos que ir al Líbano sentí... sentí que perdía todo mi país y las cosas más preciosas para mí mismo...”*. Estamos ante la segunda herida: **la herida de la huida**.

Los niños y niñas son conscientes de que la situación es complicada, pero no entienden que aquello no sea lo habitual. No tienen una perspectiva lo suficientemente amplia como para comparar lo que viven, por lo que no entra en sus planes la posibilidad de salir de su entorno.

Saben que hay gente que huye a diario, incluso algunos de sus amigos y familiares se han ido ya pero no entra dentro de su horizonte la posibilidad de vivir en otro lugar. Por eso, aunque hayan podido intuir conversaciones en casa, la noticia siempre les pilla por sorpresa. No hay tiempo para despedidas; no hay transición posible. De pronto, los niños se ven arrancados de sus vidas y arrojados a la incertidumbre. Nada, refugiada siria de 13 años, relata: *“No nos hizo felices ir al Líbano, porque tuvimos que dejar nuestra casa, nuestra tierra, nuestro país, nuestros amigos y nuestra familia (...). Quiero mucho a mi país, y me gustaría que pudiéramos volver”*. Sin amigos, sin familia, sin contexto, sin historia, sin raíces... Esta herida no produce efectos visibles de manera inmediata, pero es la que deja una huella más profunda, la que más perdura en el tiempo. Cuando se interroga a los niños y niñas sirios que llevan ya tres o cuatro años en el Líbano acerca de sus deseos y sueños, todos hablan de sus recuerdos de antes de la guerra: *“Volver a ver a mis amigos, hablar de nuevo con mis abuelos, saber dónde están mis primos”*. *“Mi hijo está triste porque echa de menos a sus primos que se fueron de aquí para tratar de llegar a Alemania. No sabemos si los veremos de nuevo ni cuándo”*, explica la madre de Sabeen, de 5 años. Una planta arrancada antes de tiempo, difícilmente echará raíces en su nueva tierra.

Tras la salida de su hogar, las familias sirias inician una larga peregrinación que les lleva, en primer lugar, a otras zonas del país a las que aún no ha llegado la guerra o, por lo menos, no de forma tan virulenta como en su región de origen¹¹. Suelen hospedarse en casa de familiares o conocidos, con la esperanza de regresar a sus hogares en cuanto la situación mejore. El problema se plantea cuando, lejos de mejorar la situación, el conflicto se acerca de nuevo. Las familias saben que cada traslado conlleva gastos muy gravosos y someterse a nuevos peligros. Por lo cual, una vez que han salido de su hogar, van donde puedan permanecer de la mejor manera posible hasta que sea posible el regreso. Así es como llegan a los países intermedios de acogida.

Llamamos país intermedio de acogida a los vecinos de Siria como el Líbano, Jordania y Turquía¹². Su cercanía no es meramente geográfica, sino cultural, por lo que la adaptación debería resultar relativamente sencilla. Son intermedios en la medida en que la intención de las familias al llegar a los mismos no es la de instalarse definitivamente, sino donde permanecer de la mejor manera posible mientras dure la guerra, hasta poder regresar a Siria. A pesar de la cercanía cultural, la acogida de los refugiados sirios por parte de la población local no suele ser buena, lo que produce en los niños la tercera herida: **la herida del rechazo**. El subdirector de una escuela del JRS en el Líbano narra: *“Es un problema histórico entre Siria y el Líbano. Muchos maestros rememoran viejas heridas, y expresan sus prejuicios en los estudiantes sirios. Es una cuestión de nacionalidad (...). Del mismo modo, muchos estudiantes libaneses escucharán en casa que ‘los sirios son ladrones, que son peligrosos, que hay que tener cuidado con ellos’*. Durante el tiempo que pasan en un país como el Líbano, los niños y niñas sirios, además de cargar con las consecuencias de la pobreza en la que viven, tienen que lidiar con el rechazo social: insultos, discriminación y falta de oportunidades van produciendo una nueva herida en el interior de los menores, sin que les haya dado tiempo a sanar las anteriores.

Una sola de estas heridas bastaría para influir sobre el desarrollo evolutivo normal de los niños, por lo que la suma de las tres provoca una serie de manifestaciones que se detectan especialmente en cuanto el menor accede al sistema educativo.

5.2. Las manifestaciones

En cualquier centro educativo de un país occidental hay un porcentaje minoritario de alumnos con dificultades para integrarse en la vida escolar. La agresividad, el retraso académico o la pasividad son signos externos de problemas a nivel personal o familiar. Las proporciones se invierten en las escuelas para refugiados en el Líbano, de modo que la mayoría de los alumnos presenta alguna de dichas manifestaciones, fruto de

11. La ONU estima en más de seis millones los desplazados internos en Siria a 1 de febrero de 2017. <http://www.unhcr.org/syria-emergency.html>

12. Entre los tres países hay más de 4,5 millones de refugiados sirios registrados por el ACNUR <http://data.unhcr.org/syrianrefugees/>

las heridas comentadas anteriormente. Son tres las manifestaciones principales: agresividad, desconfianza y apatía. Cada una de ellas puede responder a causas muy diversas; en cualquier caso, su aparición indica que hay algo en el menor que requiere una atención especial.

La agresividad puede dirigirse hacia los adultos o hacia los propios compañeros. En los casos más extremos responde a experiencias traumáticas, si bien, normalmente refleja la incapacidad de afrontar los conflictos de la vida cotidiana. Los menores refugiados, desescolarizados durante largos periodos de tiempo, y sin entrar en contacto con otros niños y adultos ajenos a su familia, sufren una des-socialización, pareja a la falta de adquisición de habilidades sociales básicas a la hora de afrontar conflictos del día a día. Así, ante la primera frustración, la única salida posible para los alumnos, niños y niñas por igual, es recurrir a la violencia. Estos casos suelen ser leves y, tras un periodo suficientemente prolongado de escolarización, el menor va adquiriendo nuevas capacidades sociales que le permiten afrontar estas situaciones sin recurrir a la violencia. Peores pronósticos tienen los casos originados por traumas concretos o situaciones de abuso, en los cuales es necesario el acompañamiento psicológico.

La desconfianza es habitual en los niños y niñas sirios que llegan por primera vez a un centro educativo en el Líbano. Las malas experiencias previas con la población local mueven a los menores y a sus padres, a desconfiar de otras personas, independientemente de la institución o grupo a la que pertenezcan. Como en el caso de la agresividad, esta desconfianza suele ir desapareciendo con el tiempo siempre y cuando se sustituya por una experiencia positiva. En algunos casos, sobre todo en los más pequeños, se producen episodios de miedo con raíces profundas que es preciso detectar mediante entrevistas personalizadas. En estos casos, el acompañamiento personal o la terapia psicológica se vuelven indispensables.

La apatía se percibe en aquellos alumnos que acuden a los centros escolares, pero no participan de la vida escolar: niños que parecen ausentes, tanto en las aulas como en los recreos, sin mostrar ilusión o interés por lo que acontece a su alrededor. En los más pequeños, la apatía puede manifestarse como mudez: niños y niñas que no hablan en absoluto, sin padecer trastornos físicos que lo impidan. Tanto la apatía como el silencio requieren seguimiento, y la involucración de la familia para saber, en primer lugar, si se trata de una conducta limitada al ámbito escolar o si se extiende también al ámbito familiar; y, en segundo lugar, para localizar el origen del trastorno y emplearse en la recuperación de la persona. Son casos que requieren más tiempo que los anteriores, y una correcta formación del profesorado ya que, en ocasiones, se puede interpretar la apatía como un desafío a la autoridad del docente.

5.3. La educación como fuente de sanación

La experiencia educativa de la Compañía de Jesús muestra cómo, a través de la educación, es posible cambiar la realidad de las personas por mucho que se encuentren en situaciones de marginación o exclusión. Así, instituciones como Fe y Alegría en Latinoamérica y algunos países africanos, o Cristo Rey Network en los Estados Unidos son ejemplos diarios del poder transformador de la realidad a través de la educación. La experiencia al servicio de las personas refugiadas y desplazadas enseña también cómo la educación tiene también un poder sanador. Son tres, los ámbitos en los cuales la educación resulta una herramienta privilegiada de sanación: el pasado, el presente y el futuro.

Sanar el pasado remite a las heridas que los menores han sufrido a lo largo de su corta vida, como consecuencia del conflicto en Siria y su situación en el Líbano. Por lo que respecta a las heridas pasadas, las escuelas ejercen funciones de hospitales de normalidad: un oasis en el que los niños y niñas puedan recuperar una infancia interrumpida forzosamente. Al abrir una escuela se genera un espacio físico seguro en el que los refugiados dejan de serlo durante unas horas al día para ser lo que deben ser: niños y niñas. Si a este espacio físico se le dota además de una mínima estructura de horarios y actividades, se les ofrece un punto de apoyo sólido en medio de su mundo caótico, una estructura estable a partir de la cual recomponer los pedazos de su vida. Si al poner los medios, se cuida además de que sean bellos, se colabora en recuperar la dignidad de la persona. La situación es grave cuando la persona interioriza que, todo a lo que puede aspirar, es a ser “refugiado”, por lo que, nada bueno ni bonito puede estar dentro de su horizonte de posibilidades. Tan solo poniendo unos buenos medios materiales se aporta mucho a la recuperación de la infancia.

Si a los medios externos mencionados les acompañan otros internos, se pueden recuperar heridas más profundas. Es fundamental una buena formación del profesorado para que sepa acompañar los procesos. La paciencia y el cariño son indispensables cuando se trabaja con menores refugiados, por lo que hay que preparar muy bien al equipo docente local. Además, una educación holística que tenga en cuenta a la persona de manera integral va a permitir que los alumnos desarrollen sus diferentes potencialidades. De esta forma, no solo se trabaja el nivel cognitivo, sino que se ofrecen a las personas unas herramientas para que expresen su vivencia emocional a través de distintos cauces. El arte, la música o el deporte ofrecen alternativas muy fructíferas cuando se trabaja con infancia refugiada. Mahmoud Baho, de 13 años, relata: “He aprendido mucho en el Líbano, cuando vine de Siria ya esperaba aprender inglés y violín. Ahora voy a la escuela de arte y me gusta mucho”. Por último, para sanar las heridas del pasado es indispensable contar con la ayuda de psicólogos especializados capaces de atender los casos más complicados y de acompañar a los profesores en las diversas situaciones cotidianas.

Las heridas del presente que sanar, son las que sufre la población refugiada siria en sus relaciones con la población local, en este caso libanesa. Una de las vías privilegiadas para la inclusión es la educación, ya que facilita una convivencia natural entre niños y niñas de distintas procedencias. Cuanto

más jóvenes sean los alumnos, menos prejuicios habrán adquirido, por lo que es conveniente no demorar demasiado estos espacios de convivencia. A través del roce diario, de las amistades que surgen dentro del ámbito escolar, se puede hacer mucho por la integración de la población siria, siempre y cuando dicha convivencia esté suficientemente acompañada y apoyada por los profesores del centro. A través de los centros educativos también se puede trabajar en la prevención del rechazo, yendo a sus fuentes, como: el retraso escolar que acumula la mayoría de los alumnos sirios respecto de sus condiscípulos libaneses, o unas condiciones de vida que dificultan muchísimo el estudio personal. Mediante la oferta de programas de refuerzo escolar y ayuda al estudio en los centros educativos, se sientan las bases para reducir la distancia entre ambos grupos de alumnado, así como previniendo el abandono escolar y el rechazo por motivos académicos.

Hay que añadir un aspecto que no siempre se tiene en cuenta: las heridas de la población local que acoge. El Líbano vivió una durísima guerra civil entre los años 1975 y 1990, a cuya conclusión siguieron otros quince años de ocupación siria, hasta 2005. Durante ese largo periodo de guerra, muchas familias libanesas perdieron seres queridos, o padecieron problemas con el régimen sirio durante los años de ocupación. Cuando, diez años después, los sirios acuden al Líbano en busca de ayuda, las heridas de la población libanesa no han terminado de cerrar. Hay que respetar los tiempos de cada pueblo, de cada familia, sin permitir que esas historias de dolor tengan la última palabra. El pueblo libanés puede sanar su historia a través de su respuesta generosa hacia el pueblo sirio; puede cargar con sus heridas y cicatrices para, desde ahí, ayudar a otros que también están sufriendo. Procesos de reconciliación difíciles, porque exigen salir de sí mismo, pero con resultados asombrosos. Ofrecer puntos de encuentro en los que la población local pueda ayudar a la población refugiada, es otra de las posibilidades que ofrece la educación.

Por último, es posible hablar de una sanación futura como preparación para el regreso a Siria. Un día terminará la guerra en Siria y, la mayor parte de los refugiados sirios en el Líbano regresará a sus hogares. Los niños y niñas que hoy se educan en las escuelas libanesas serán los hombres y mujeres que se encargarán mañana de reconstruir el país. Trabajar hoy en la educación desde el Líbano es invertir de cara al futuro de Siria. No se trata solamente de preparar profesionales competentes, sino de formar, sobre todo, hombres y mujeres para los demás que no caigan en los mismos errores que sus padres. Es necesario ofrecer una educación en valores susceptible de generar una cultura de paz en los alumnos. La convivencia entre distintas nacionalidades y religiones es fundamental para que se produzca un respeto a la diversidad, a la vez que se valoran las raíces culturales propias. Por tanto, a través de la educación se ensanchan los horizontes de los alumnos sirios: horizontes personales y morales que, en muchas ocasiones, se han visto dañados por culpa de la guerra. “Me gustaría dar las gracias a los profesores que me enseñan y me están mostrando los valores correctos en la vida. Estoy muy agradecida por poder ir a la escuela en el Líbano”, cuenta Israa Cheikh Karrouch, refugiada siria de 15 años. Invertir en educación en situaciones de emergencia es, por tanto, invertir en la prevención de conflictos futuros, invertir en la paz.